



# LA NACIÓN

## ALREDEDOR DEL PROTOCOLO

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, octubre de 1913. "

Como ya les dije en mi pasada correspondencia, en el número del «A. B. C.», diario de Madrid, del 27 del pasado septiembre, publicaba José María Salaverría un artículo, escrito desde Buenos Aires, y tratando en él del protocolo. Y lo leí, como leo cuanto de Salaverría cae en mis manos, por creer que en hacerlo no pierdo el tiempo. Y tanto más cuanto que rara vez concuerdo en mi sentimiento de los hombres y de las cosas con el que de unos y de otras tiene mi buen amigo y paisano.

Empieza diciendo Salaverría: «El actual presidente del país, doctor Sáenz Peña, ha emprendido, desde que subió al poder, una campaña muy curiosa y que, sin embargo de su aparente superficialidad, tiene indudable trascendencia. Se ha empeñado en hacer que las gentes mantengan una justa obediencia al «protocolo». No es necesario aclarar lo que esta palabra significa: quiere decir buenas formas, respeto al prójimo, decencia en las funciones oficiales, sujeción a las normas de educación internacional que privan en todos los códigos de etiqueta pública.»

Esto está muy bien, de acuerdo. Y lo digo yo, defensor de las rodilleras. Sólo hay que hacer observar que el protocolo tiene a las veces muy poco o nada que ver ni con el respeto al prójimo ni con la decencia en las funciones oficiales, aunque sí con un cierto orden sin el cual las cosas se hacen más atropelladamente y peor.

Habla luego Salaverría de cómo el presidente no ha hecho caso de las burlas que eso le ha valido. Y en esto ha hecho muy bien y ha obrado muy quiñotescaamente el presidente. Como el quiñotismo es eso, saber afrontar las burlas cuando se cree servir a un ideal, sea el que fuere. Y el del protocolo, ¿no es acaso un ideal?

Pero vengamos a un caso práctico. Dice Salaverría:

«Hace pocos días, sin ir más lejos, tres nuevos ministros acudieron al consejo presidencial; uno vestía de levita, otro de chaquet, otro de frac... El periodismo burlón hizo presa en el asunto, y todos rieron en grande ante aquel solemne fracaso del «protocolo». Pero el presidente insiste, y es seguro que el suceso de los ministros, ataviados tan anárquicamente, no vuelva a repetirse.»

*L que*

No alcanzo a ver que el ir uno de levita, otro de chaquet y otro de frac tenga nada que ver con la anarquía ni que con ello se falte lo más mínimo ni al respeto al prójimo ni a la decencia, en las funciones oficiales. Y entre las tres indumentarias, la que rechaza el buen gusto, el sentido estético de las buenas formas y de la elegancia es, desde luego, la de frac. El frac es la cosa más ridícula que ha podido inventarse. No hay escultor alguno que se atreva a representar a un personaje vestido de frac, con aquella grotesca cola de vencejo.

Ustedes saben la admiración que siento por Sarmiento. (Un dandy literario exclamará: siento... Sarmiento... dos consonantes casi seguidas, ¡uff!) Pues bien, entre las cosas que más en claro ponen el enorme caudal de infantilismo, de candidez ingenua que entraba en su genialidad era su fe en el frac europeo. Más profundo sentido tenía la fe de Rozas, tan genial acaso como Sarmiento, en el poncho y el chiripá, que son, desde luego, mucho más elegante, de mejores formas, que el frac.

Habla luego Salaverría de que el pueblo argentino conservaba un cierto abandono de etiqueta, pues era un pueblo pastoril y celoso de su democracia. Pero es que los pueblos pastoriles y rurales tienen su etiqueta también y su protocolo, aunque no sea el de los salones aristocráticos. Es más, tienen más protocolo. Todo lo que es ceremonial o litúrgico gana en importancia según se desciende en civilización. Los pueblos salvajes suelen ser mucho más ceremoniosos que los civilizados. Y agrega Salaverría:

«Siendo todos conocidos, y siendo contados, la política tenía un aire provinciano. Para entrar en la cámara del presidente no se creía necesario otro trámite que el de empujar la puerta... Toda esta familiaridad, más que democrática, aldeana, persistía, a pesar del crecimiento del país, por conveniencia y comocidad de los iniciados en las «esferas políticas.»

Desde luego eso de querer entrar en la cámara del presidente sin más que empujar la puerta es faltar al respeto que al prójimo se debe y es molestarle y alterar el buen orden. Y es grosería. Mas contra lo que tengo que protestar es contra eso de aire provinciano. Cualquiera se diría que en las grandes ciudades hay más respeto al prójimo y más decencia que en las pequeñas capitales de provincia o en las aldeas. ¡No, no, no, no y mil veces no! El ciudadano no es ni mejor educado ni más cortés que el aldeano. Al contrario, suele tener un aire fatuo de superioridad y de petulancia que no es sino mala educación. Hay quien cree que por vivir en una ciudad de dos millones de habitantes tiene mil veces más alma que quien vivió en un lugar de dos mil.

En efecto, tiene razón Salaverría; la democracia no consiste en la grosería ni la rudeza campechana es imprescindible para la libertad y la corrección hace más tratables a los hombres. Sólo que de la corrección que hace a los hombres más tratables al protocolo suele haber un abismo.

Y luego, ¡bendito sea Dios!, salió aquello. Escribe Salaverría:

«Es la Argentina, en ciertos respectos, uno de los países americanos que más se parecen a España. Tiene de los españoles la violencia. El gaucho de la pampa, hoy casi extinguido, era un hermano del vaquero andaluz o del hidalgo rural de Castilla. La desonvultura de las costumbres públicas que el actual presidente trata de corregir, ¿no es acaso idéntica a la desonvultura española? En España nos falta quizá una cierta compostura, no obstante la histórica rigidez hidalga que nos adju-

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo V

O. Coarphetas  
tomo VIII





gorilla

dica el rumor internacional.»

¿Qué desenvoltura es ésa? Porque no lo entiendo. Y yo le aseguro a mi buen amigo y paisano que hay pocas gentes de más exquisita cortesía, de más miramientos, de más respeto al prójimo, de mejor educación que un vaquero de estas tierras de Castilla en que vivo. Ya quisieran esos señores de frac que se saben el protocolo tener de un lado la elegancia y de otro la finísima educación, el tacto para no herir al prójimo que tienen estos charros de calzones, ~~sevilla~~ y cinto de media vaca. Del español del campo, del campesino castellano y andaluz se podrá decir todo menos que sea grosero. Lo de Larra fué una caricatura falsa y trazada de mala fe por un hombre amargado a quien le dolía que en su patria no se le estimara en lo que él creía, y acaso con razón valer.

Sigue escribiendo Salaverría:

«Un noble español está tan lejos de un noble inglés como un campesino de un duque; hasta podría decirse que entre nosotros no hay aristocracia; las clases sociales se confunden, se nivelan pasmosamente en una plaza de toros, en la manera de escupir en un café o en el modo de blasfemar y decir palabras de germanía.»

Lo que yo sé es que la fama de los nobles españoles por ahí fuera, por Europa, es precisamente la de dignidad de formas. ¡Como que es proverbial de grande de España! Y sé que si aquí se distingue menos que en otras partes la aristocracia del pueblo es por tener éste un porte más aristocrático. Y sé que lo de escupir y blasfemar y hablar en germanía no es en España aldeano sino todo lo contrario. Es cosa de señoritos; no de lugareños.

Luego hace Salaverría votos por que en España se implante el protocolo. Pero, ¿qué protocolo? ¿Quién lo define? ¿Será acaso el de aquella estanquera de París que no me quiso vender unos sellos de correos porque al pedirselos no agregué: «S'il vous plait»? Si es ese, si el protocolo del «S'il vous plait» y del «pardon!» por acá y «pardon!» por allá, más vale que no se implante. Y si es el del frac, tampoco. Ahora otra cosa... ¡claro está!, me callo.

Prosigue y dice:

«Porque no hay duda que somos un poco «a la pata la llana», un poco «provincianos». Uno de los motivos de que se nos considere a los españoles como «infelices» estriba en ese tono rural, casero, que presentamos ante el mundo. Y de ahí proviene que nuestra literatura sea tan vulgar, tan «para andar por casa». Un matiz de inocencia aldeana o de vieja ciudad de provincia nos envuelve si nos confrontamos con otras naciones.»

Y ojalá continuemos siendo un poco «a la pata la llana» y un poco «provincianos», los que lo seamos. Y el tono rural y casero puede ser y suele ser un tono muy correcto, muy comedido, muy cortés—aunque no de corte—de muy excelente educación. Ni lo vulgar puede confundirse con ello. Cualquiera diría que el vulgo de Londres, de París, de Nueva York, de Berlín no es tan vulgo como el de la última de nuestras aldeas. ¡Inocencia aldeana! ¡inocencia aldeana! ¿Y la inocencia, vestida de petulancia, de las grandes urbes?

«Y así ocurre que nuestro teatro sea ingenuo, que nuestra lírica sea pueril, que nuestra novela no pueda ser leída más que por españoles. Continuando en este tren de ideas, podríamos decir que nuestro problema no es precisamente de europeización, sino de adocentamiento. Como esos señores rancieros de las ciudades de provincia que visten sombreros de copa inverosímiles y hablan de cuestiones retrasadas, los españoles hacen una vida casera lamentable. El plebeyismo y el ruralismo son nuestros enemigos.»

De esta manera concluye su artículo Salaverría.

Me permito dudar de que la ingenuidad

de nuestro teatro tenga que ver con eso del provincianismo a la pata la llana y para andar por casa, y no puedo ni siquiera dudar respecto a esa ingenuidad misma porque conozco muy poco nuestro teatro contemporáneo y casi nada el de fuera. Algo más, bastante más, mucho más conozco la lírica actual española y de otras naciones, y francamente no veo en qué sea la nuestra más pueril ni aun siquiera inferior en conjunto a las otras. ¡Y respecto a la novela habría tanto, pero tanto que hablar!

Lo que hay es que todavía no ha acabado de ponerse en moda lo español, aunque empieza la moda. Y cuando ella, la moda, acabe su labor, ya verá Salaverría como nuestro común amigo y paisano Pío Baroja, pongo por caso, resulta por ahí fuera tanto o más interesante que Gorki.

«Nuestro problema no es precisamente de europeización. De acuerdo. Nuestro problema en ciertos aspectos es que se nos ponga en moda. Y a esto, a la moda, se reduce también el protocolo. No tiene sino ver Salaverría que desde que, según parece, hay una especie de inteligencia o «entente» entre Francia y España empiezan en Francia a descubrirnos y sobre todo a reaccionar de las calumnias que contra nuestra patria habían esparcido fuera de ella los españoles. Porque son españoles—y va otra vez—los que desfiguran a su patria en el extranjero, sea por espíritu de partido político, sea por la amargura que les produce no ser apreciados y comprendidos aquí como ellos creen que merecen serlo.

Conozco algunos señores rancieros de ciudades de provincia—como que casi toda mi vida la he pasada en provincia, primero en la mía natal y luego en esta en que escribo—y creo poder asegurarle a Salaverría que esos señores que visten sombreros de copa inverosímiles no hablan de cuestiones más retrasadas que aquellas.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CREDOS USAL ES

cuestiones, ¡las de moda! de que hablan los señores protocolizados que usan sombreros de copa verosímiles. Es más, he oído en estas modestas tertulias provincianas agitar y discutir cuestiones mucho más fundamentales y más de mañana, por serlo de siempre, que las cuestiones de moda que se debaten en esos centros donde pasaron, según ellos creen, de la inocencia y de la ingenuidad.

¡Ay, amigo Salaverría, si supiera usted qué poco ganaríamos con que nos pusiéramos sombreros de copa verosímiles, es decir, de último figurín, para hablar de cuestiones del momento, esto es, de último figurín también! Creo que me creerá si le digo que sé cuáles son las cuestiones no ya retrasadas, sino adelantadas—en el sentido en que aplicamos estas expresiones a la marcha del reloj—que se discuten en los centros no provincianos en que se fragua la verosimilitud del sombrero de copa y en donde no es de protocolo gastar rodilleras, porque la rodillera supone tradición y la cosa es estar cambiando de traje a cada momento, y creo que me creerá si le digo que sé el tono y la manera cómo esas cuestiones se discuten. Pues bien: en tal respecto no siento el menor deseo de salir de mi rincón de provincia. Y considero que bien puedo vivir en un rincón de provincia yo cuando Kant, nada menos que Kant, vivió toda su vida en un rincón de provincia y vistiendo sombreros también inverosímiles.

Y voy más lejos y es hasta decirle que podría muy bien suceder si se pudiera hacer la estadística de los grandes descubrimientos, los fundamentales, los de honda cultura, los que han cambiado las bases del sentimiento y del concepto de la vida, resultaría que no son más los que se han cumplido en los grandes centros libres de inocencia y de ingenuidad.

¡Nuestra vida casera lamentable! ¡Alabado sea Dios! No sé en qué sea más lamentable que la vida casera de otra parte cualquiera y en todo caso mejor es eso que no la falta absoluta de vida casera, sea o no lamentable. Sí, sí, ya lo sé, las rodilleras son de origen casero y en cambio el frac y el sombrero de copa verosímil son de origen casinero o clubesco, o como se quiera llamarlo.

Pero... ¡a dónde hemos venido a parar partiendo del protocolo! Y es que aquí el protocolo es lo de menos. Lo de más es lo otro. Y lo otro es todo un sentimiento y todo un concepto de la vida. Y yo de mí sé decir que me moriría de tedio, de aburrimiento y de frío, sobre todo de frío, de frío polar, de frío en los tuétanos del alma, en una sociedad que se dejara tiranizar por el protocolo, donde sólo se usara chisteras verosímiles y donde no se hablase sino de los tópicos del día y de las cuestiones de moda. Es cuestión de gustos, y el mío es tan provinciano, tan rancio, tan inverosímil!

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S